

las principales potencias es el siguiente; se han deducido de las cifras concernientes á Rusia los barcos refugiados en los puertos neutrales del Asia Oriental, y que por consiguiente no podrán tomar parte en esta guerra.

BARCOS CONSTRUIDOS

Acorazados de 1.ª clase: Inglaterra, 53; Francia, 20; Rusia, 13; Alemania, 16; Italia, 14; Estados Unidos, 12; Japón, 5.

Acorazados de 2.ª clase: Inglaterra, 4; Francia, 9; Rusia, 4; Alemania, 4; Estados Unidos, 1; Japón, 1.

Acorazados de 3.ª clase: Inglaterra, 2; Francia, 1; Rusia, 1; Alemania, 9; Italia, 2.

Acorazados guarda-costas: Inglaterra, 1;



Soldados rusos entreteniendo los ocios de su viaje al Extremo Oriente

Francia, 13; Rusia, 12; Alemania, 11; Estados Unidos, 11; Japón, 1.

Cruceros acorazados: Inglaterra, 24; Francia, 17; Rusia, 6; Alemania, 4; Italia, 6; Estados Unidos, 6; Japón, 8.

Cruceros protegidos de 1.ª clase: Inglaterra, 21; Francia, 7; Rusia, 3; Alemania, 1; Estados Unidos, 3.

Cruceros protegidos de 2.ª clase: Inglaterra, 45; Francia, 16; Rusia, 3; Alemania, 8; Italia, 5; Estados Unidos, 17; Japón, 11.

Cruceros protegidos de 3.ª clase: Inglaterra, 21; Francia, 16; Rusia, 2; Alemania, 16; Italia, 13; Estados Unidos, 2; Japón, 7.

Cruceros sin protección: Francia, 1; Rusia, 3; Alemania, 17; Italia, 1; Estados Unidos, 7; Japón, 8.

Cañoneros torpederos: Inglaterra, 21; Francia, 15; Rusia, 7; Alemania, 1; Italia, 11; Japón, 1.

Destroyers: Inglaterra, 128; Francia, 31; Rusia, 30; Alemania, 37; Italia, 13; Estados Unidos, 20; Japón, 21.

Torpederos: Inglaterra, 91; Francia, 238; Rusia, 162; Alemania, 84; Italia, 128; Estados Unidos, 31; Japón, 84.

Submarinos: Inglaterra, 77; Francia, 37; Rusia, 13; Alemania, 1; Italia, 1; Estados Unidos, 8.

Se incluyen en la lista de los barcos japoneses el acorazado *Yashima* y diez torpederos y destroyers que probablemente fueron echados á pique durante las operaciones contra Port-Arthur.

BARCOS EN CONSTRUCCIÓN

Acorazados de 1.ª clase: Inglaterra, 9; Fran-

cia, 6; Rusia, 8 (3 comenzarán á construirse en 1905); Alemania, 8 (2 en 1905); Italia, 4; Estados Unidos, 13 (1 en 1905); Japón, 2.

Cruceros acorazados: Inglaterra, 19 (4 en 1905); Francia, 8 (2 en 1905); Rusia, 6 (4 en 1905); Alemania, 4 (1 en 1905); Italia, 4 (3 en 1905); Estados Unidos, 9 (3 en 1905).

Cruceros protegidos de 1.ª clase: Rusia, 2.

Cruceros protegidos de 2.ª clase: Inglaterra, 1.

Cruceros protegidos de 3.ª clase: Alemania, 7 (3 en 1905).

Escuchas: Inglaterra, 8; Estados Unidos, 3 (en 1905).

Destroyers: Inglaterra, 34 (18 en 1905); Francia, 12 (4 en 1905); Rusia, 63 (8 en 1905); Alemania, 12 (6 en 1905); Italia, 4 (en 1905).

Torpederos: Francia, 96 (70 en 1905); Rusia, 10; Italia, 27; Estados Unidos, 1.

Submarinos: Inglaterra, 23 (11 en 1905);

Francia, 32 (23 en 1905); Rusia, 14 (2 en 1905); Alemania, 1; Italia, 7 (2 en 1905); Estados Unidos, 4 (en 1905).

Examinando las cifras que figuran en los cuadros anteriores, se ve que el poderío naval de Rusia, muy superior al del Japón, seguirá manteniéndose por encima del de su enemiga, aunque la flota de Rojdestvensky experimente un descalabro, en particular si consigue poner fuera de combate varias unidades japonesas. Si la guerra se prolonga uno ó dos años más sin que en este plazo se repitan los inauditos desastres que por su mala dirección ha sufrido la flota rusa, el Imperio del Czar podrá poner en línea una escuadra mucho más fuerte aun que la japonesa.

Resulta también que la marina británica y la japonesa, dejando á un lado la americana, formarían una flota combinada de más potencia que la francesa, la alemana y la rusa reunidas. Pero esta comparación solo tiene importancia teórica, porque para llegar á conclusiones algo precisas sería menester tener en cuenta el número y situación de las bases navales, y la importancia de los intereses marítimos que cada una de aquellas naciones hubiese de salvaguardar.

J. B. Y L.

UNA CARTA EN CAMPAÑA Á NIPPON DENJI (1)

Te conocí por primera vez cuando combatimos á los boxers, y acudimos á salvar las legaciones; y desempeñaste el principal papel en la lucha, sin que el público de la galería se dignara dirigirte una mirada; y marchastes sobre Pekin, alegre, limpio y tieso, sin dejar rezagados. Mirándote combatir á un lado del camino, así como á los rusos en el otro, los observadores hicimos ciertas profecías, que los técnicos militares despreciaron. Oímos sus expresiones de excepticismo y sonreímos, como sonríe quien está seguro de lo que afirma, y lo estábamos, viéndote el día del avance sobre Ho-she-wo como dejabas rezagados detrás de tí á los hombres corpulentos. Parecías entonces un verdadero soldado, Nippon Denji, capaz de andar todo el día y recobrarle de las fatigas con un sencillo baño al llegar la noche.

Ahora te conozco mejor, aunque no digo que te conozco bien, porque hay una barrera que lo impide. Tú eres amarillo y yo soy blanco. Tú vienes de uno de los confines de la tierra, y yo

(1) Nombre que personifica al soldado japonés, en general.

del otro. El Supremo Hacedor nos ha hecho muy diferentes, y supongo que cada uno de nosotros piensa de sí mismo que su conformación es la natural y el camino que recorre el más lógico.

Mis ojos son horizontales y oblicuos los tuyos, y los míos te parecen tan extraños como los tuyos á mí. Cuando escribo, lo hago en línea recta de un borde al otro de la página, valiéndome de letras que componen palabras y estas forman pensamientos. Tú careces de alfabeto, y escribes en la parte inferior de la página, con signos que representan ideas. Empiezas en el lado derecho y escribes hacia atrás—¿seré yo acaso quien escriba al revés?—de modo que el fin de tu libro es el principio del mío. Esta ha sido la costumbre de mi pueblo durante 2.000 años, y en otros 2.000 la del pueblo que legó al mío sus primeros conocimientos. Tus costumbres son las que hace 2.000 años practica tu pueblo, así como el pueblo que dió al tuyo las primeras enseñanzas, en un periodo de muchos siglos que la historia no ha podido contar.

En los tiempos pasados recorrías el mar dedicándote á la pesca, aunque en ocasiones invadiste la Corea. Nosotros navegábamos por el comercio, por la guerra, por la gloria, y por cristianizar el mundo, y, sin disputa, por el bien de la humanidad. Tres naciones, Inglaterra, España y Holanda, recorrieron los mares, pero tenían tanto océano á su alrededor que cada vez se fueron lejos y más lejos, hasta descubrir la América; los misioneros españoles llegaron á las islas que hay al S. de las tuyas, á las Filipinas, en busca de prosélitos, y detrás de ellos acudieron los guerreros, en demanda de conquistas. Tú tuviste miedo, y en verdad que si España no hubiese comenzado á declinar, las otras potencias europeas no hubieran estado tan ocupadas disputándose la India y las Américas, y el Japón no estuviera tan apartado en un extremo del mundo, tus temores hubiesen sido fundados.

A la sazón, un nuevo señor, el «Shogun», se estableció en Tokio, con una severa organización gubernamental, mientras el Emperador se convertía en Kioto en un símbolo. El Shogun hizo una cosa única en la historia: cerró las puertas de su país á todos los extranjeros, y castigó con la pena capital toda tentativa de emigración.

«Ocupate en tus negocios, y nosotros en los nuestros», dijo al mundo. «Déjanos solos en nuestras islas, y no nos entrometeremos en tus cosas y en tus continentes.»

Los anti-imperialistas no hubieran podido pedir más. Para facilitar el camino, un gran número de personas convertidas al cristianismo fueron sacrificadas.

Durante 300 años viviste aislado como un eremita entre las naciones. Tu Shogun mandaba á muchos gobernadores de provincias, cuya auto-

ridad era hereditaria como la de aquél. Tú, Nippon Denji, el vasallo sencillo, aprendiste a leer, escribir y pensar. Visitaste Fuji, tu hermosa montaña, sus templos y cascadas, que tus artís-

Entre tanto, el pueblo que habitaba las islas que hay en el extremo opuesto de la tierra, encontró una nueva aplicación para la energía del vapor. Este invento convirtió los mares en es-



Acorazado holandés «Konningin Wilhelmine»

tas pintaron sobre kemonos, vendidos tan baratos, que se hicieron asequibles a todas las clases sociales. Tú te hacías más fuerte, a la vez que se debilitaba el feudalismo que sobre tí pesaba. Pronto había de llegar el día que tú romperías aquellas trabas, originándose un nuevo orden social.

tanques y los océanos en lagos. Era imposible que permanecieses más tiempo apartado de los demás. Pasando el comercio del mundo junto a tus puertas, era preciso que las abrieras, de grado ó por fuerza. El comodoro Perry procedió con mucha amabilidad, dados los procedimientos

que en estas cosas se estilan. Entró en la bahía de Tokio con barcos que desprendían humo de sus esbeltas chimeneas; su escuadra te pareció tan sorprendente como se lo hubiera parecido á los romanos si hubiera fondeado en el Tiber en tiempo de Scipion. Tú obraste probablemente lo mismo que los romanos, si hubiesen visto apuntados los cañones contra el Capitolio, y te prestaste á negociar un tratado.

Pero pronto supiste que lo que una nación obtiene, lo desean todas las demás; y muchos tratados vinieron en pos del primero; pulgada á pulgada los extranjeros entraron en tu suelo, hasta obtener una concesión en una bahía, donde vivieron bajo sus propias leyes. Aún pidieron más, y el Shogun todavía temporizó. Los daimyos, descontentos del Shogun, comenzaron á obrar por su propia autoridad; y el de Choshu, que tenía algunos insignificantes fuertes en el estrecho de Shimonoseki, hizo fuego á los barcos mercantes que se atrevieron á pasar desobedeciendo sus órdenes. ¿No eran acaso los japoneses los mejores espadachines del mundo? El daimyo congregó sus samurai con sus arcos y flechas contra una flota aliada, la cual destruyó los fuertes tan fácilmente como había derrumbado los de otros pueblos amarillos.

A bordo de uno de los barcos de la flota había cuatro jóvenes samurai (entre ellos el marqués Yto y el conde Ynuye, que aún viven), los cuales cortaron sus coletas y huyeron del Japón, despreciando la pena de muerte, con objeto de recorrer el mundo. Desembarcaron, entraron en tratos con el señor de la provincia y fueron aprisionados; después del bombardeo recobraron la libertad. Todo el Japón comprendió la realidad de la situación. Hasta entonces, cada japonés creía que su civilización era mejor que la occidental; y de pronto veía la independencia de su patria á merced de los llamados bárbaros. La suerte de la India mostraba el porvenir de los pueblos débiles y desunidos.

Yto é Ynuye dijeron que lo primero era pagar la indemnización; después, comprar barcos y cañones como los extranjeros y volverlos contra éstos. La vieja dinastía de los Shogun y los daimyos se derrumbaba. Pero las clases inferiores de los samurai, más ó menos estudiosas, demasiado pobres para caer en la disipación, tenían el vigor físico y la fuerza intelectual bastantes á formar una nueva raza gobernante. En Kioto residía el descendiente del sol, á la vez soberano y divinidad. Pronto fué llevado á Tokio como jefe, y volvió á gobernar: La diplomacia japonesa entró en juego, mientras el ejército se preparaba.

Bajo el antiguo régimen, casi la cuarta parte de la población permanecía ociosa. Eran los samurai de los diferentes grados, al servicio de los

nobles. Las luchas intestinas entre la nobleza eran continuas. Si el honor de un samurai era puesto en duda, el interesado cometía *harikiri* (suicidio). Tú, Nippon Denji, hombre del pueblo, eras quien trabajaba. Gracias á tus viajes y á tu educación, las provincias iban desapareciendo y se constituía un Japón unido y fuerte. En el ejército de nueva formación, el labriego tomó puesto al lado del samurai; el fusil y la bayoneta substituyeron la espada del samurai. Los sables y las armaduras cayeron en el desprecio, y todo el Japón adoptó los métodos de guerra del extranjero. Entonces surgió el deber y el honor de servir en el ejército, no á tu daimyo particular, sino al divinizado emperador.

Muchas ficciones han corrido en letras de



Una calle de Mukden

molde desde que tú ocupaste un lugar entre las naciones. Dicen que eres fatalista, y cuando Chefu no tiene patrañas que transmitir cuenta que un oficial ha cometido *harikiri*. Yo no he presenciado un solo caso desde que estoy con tu ejército. El suicidio no es peculiar del Japón solo. Cuando el capitán de un barco prefiere hundirse con su nave, no hace otra cosa que el *harikiri* del oficial japonés que ve apresado su transporte. El *harikiri* no es frecuente, como tampoco lo fueron los duelos en el pasado siglo, y sin embargo quien lea las novelas creará que los caballeros combatían por una futesa.

He visto en tí el mismo amor á la vida que los buenos soldados demuestran vendiéndola cara. Dicen que tu única ambición es morir en el campo de batalla, pero yo sé que consiste en matar rusos para que tu emperador sea más fuer-

te. Tú te preocupas menos de la muerte que los veteranos soldados que yo he conocido, y en esto consiste tu fuerza. En tus líneas yo no he visto las jactancias de los soldados que se exponen sin motivo á la muerte, ni oficiales que se mantienen imprudentemente al descubierto.

Si que he oído á tus oficiales la expresión «morir por el emperador;» pero su práctica es mejor, porque procuran utilizar sus vidas del modo que sea más provechoso al soberano. El fatalismo se sintetiza en el «no importa;» y tú no eres así. El fatalismo dice que morirás cuando llegue la hora. En Asia hay muchos fatalistas, incapaces de levantar sus manos para evitar la muerte. Los chinos poseen esta cualidad en mucho mayor grado que tú; porque tú no aceptas la muerte en tanto puedas enviar otra bala al enemigo.

La recompensa en la otra vida que mueve á algunos soldados, no te importa. Tu recompensa es el honor de que tu muerte por el emperador colmará á tu familia. En tu pueblo, los habitantes señalarán tu casa, y á tu padre y á tu madre—esta última en particular—y pronunciarán las mágicas palabras de que el hijo ha perecido por su patria. También en otros países los padres tienen el mismo orgullo; pero la madre japonesa no llora—por lo menos, en público—al oír la triste nueva; la costumbre en el Japón es sonreír en público, lo cual no quiere decir que la madre no se aflija, nada de esto, más ella es ahora la madre de un samurai.

Tú no debes mostrar tus sentimientos, Nippon Denji, sino ocultarlos. Yo te he visto en las largas jornadas moviendo tus piernas doloridas, para continuar el paso sostenido, pero si yo he sonreído, has sonreído tú también. Yo he oído gemidos brotados del interior de un hospital de campaña, y cuando el paciente ha descubierto la presencia de un extranjero, ha apretado sus mandíbulas y tratado de sonreír. Del mismo hecho he sido testigo en los ejércitos de la raza blanca. El joven samurai se educa en soportar los dolores y adversidades sin murmurar. Los extranjeros creen que lo sencillo de tu existencia te despoja de los «nervios» que padecen los europeos; ¿no es acaso que te se educa para no tenerlos?

En ninguna parte patentizas mejor que eres un verdadero samurai que en las marchas y campamentos.

Eres la obediencia personificada. Tus oficiales acuden á cada punto al libro de consulta, y tú haces lo que ellos dicen. Si estás cansado, no te quitas la manta ni la mochila, sino que las guardas puestas. El camino que queda detrás de un regimiento está tan limpio de efectos de equipo japoneses, como el que hay delante. Tienes un modo maravilloso de descansar cuando rompes filas; te agazapas en lugar de sentarte, y algunos tallos de trigo, formando haz, te deparan som-

bra. Un verdadero soldado samurai se baña con frecuencia, lava sus ropas y observa los preceptos higiénicos. Este es uno de los placeres de estar agregado á tu ejército. Rara vez tomas demasiado saké. La propiedad puede dejarse á tu alcance sin temor, porque no llegarás tus manos á ella. Ni siquiera te apoderarás de los caballos si no los necesita tu ejército. ¡Esto es admirable!

Los soldados de la 2.^a división, con la cual voy, han ganado mi corazón. Son casi tan altos como los de los mejores regimientos europeos, y desde luego de igual talla que los soldados franceses. Proceden del Norte del Japón, y en su mayor parte son campesinos. Su gentileza, su alegría, sus sonrisas durante la marcha, abanico en mano, imprimen al conjunto un carácter casi ateminado, nada parecido al que ostentáis al hacer fuego rápido desde una trinchera ó escalando una altura á la bayoneta. Vuestras maneras dan á la guerra cierto refinamiento. He visto á un despreocupado corresponsal entrar á caballo en las filas de un regimiento, deteniendo una línea entera de hombres cansados; si hubiera hecho lo mismo con su propio ejército, no hay para que referir lo que hubiese oído; vosotros le mirasteis con la misma curiosidad con que meteriais los dedos en la tabaquera.

Sois impersonales hasta el último grado; en esta impersonalidad descansa uno de las fuerzas de los japoneses. Vosotros pensáis siempre en la escuadra, la compañía, el regimiento, nunca en vosotros mismos. En las marchas, cuando no se conserva la formación, los oficiales de los ejércitos europeos van aparte. Es triste para la disciplina no poner siempre de manifiesto la diferencia entre el que manda y el que obedece. A menudo he visto al oficial japonés sentado entre sus soldados, al borde del camino, y departiendo con ellos; pero siempre es el oficial, y tan clara es la idea del feudalismo que no hace ostentación de ella.

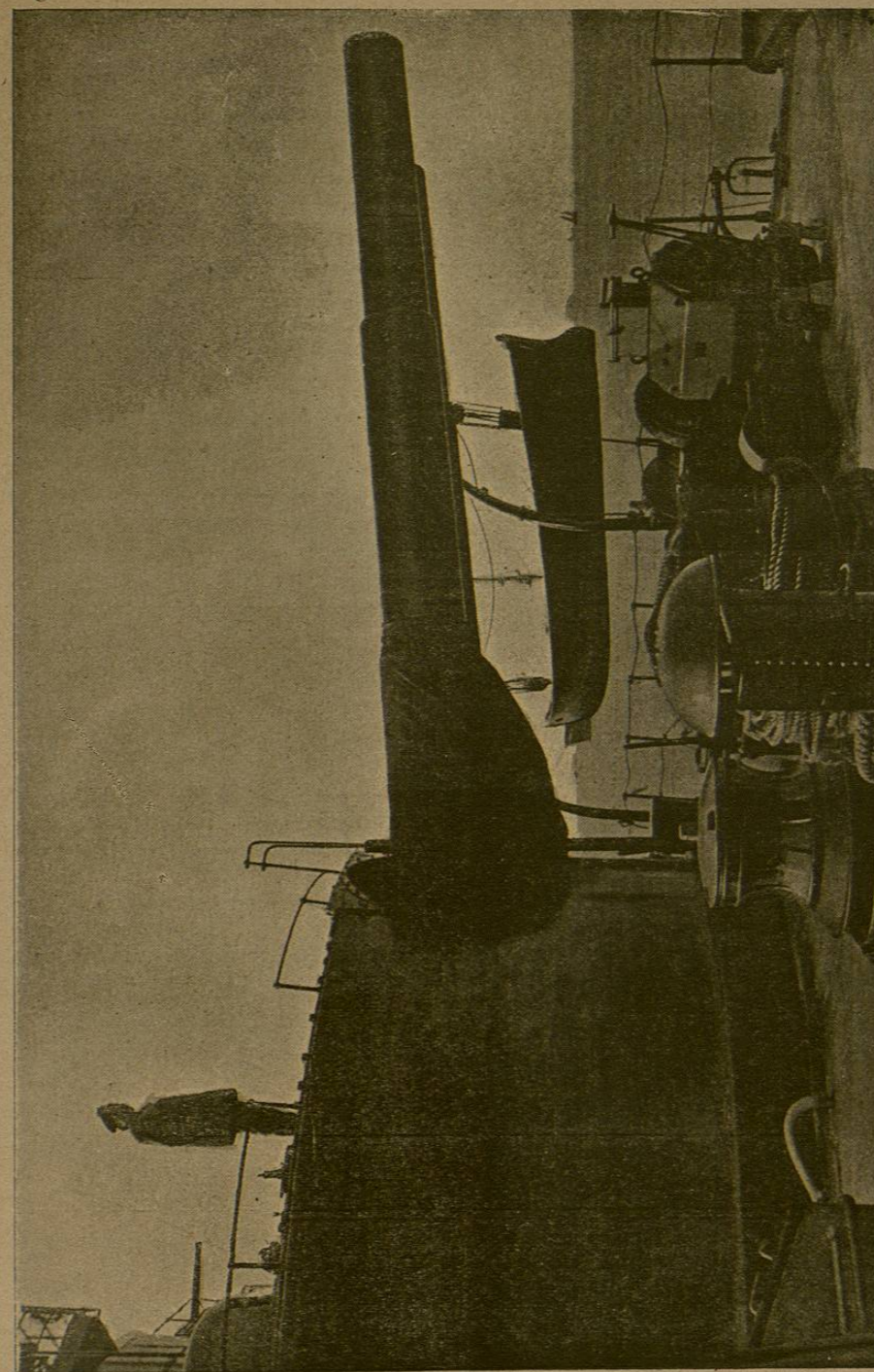
Te gusta combatir dentro de la escuadra, la compañía y el regimiento, así como á ciertos hombres blancos les gusta combatir individualmente. Una debilidad tienes común con los soldados de los demás ejércitos del mundo, y es el recuerdo de tu hogar. Siempre que he hablado contigo, valiéndome de un intérprete, has manifestado tu sentimiento por la paralización de las operaciones en un país extranjero al que solamente has venido para pelear.

Has expresado los mismos sentimientos que un ciudadano de Kansas exteriorizó cierto día en Filipinas, cuando su regimiento esperaba la orden de ataque.

«Anda, Aguinaldo, y trae todos tus hombres y todos tus fusiles» dijo, «Kansas está dispuesto á concluir de una vez. Algunos de nosotros morirán, pero el resto regresará á los Estados Unidos.»

No había rastro siquiera de fatalismo en esta exclamación del hombre blanco, como tampoco en la práctica, seguida en el ejército británico, de anunciar antes del combate, que todos hemos de

fuera del camino; pegas con engrudo el papel de arroz que compras en la cantina—¡la gloriosa cantina que hace las delicias del Nippon!—sobre las paredes de la casa en que te alojas; pones una



Torre acorazada del «Alejandro III», de la segunda escuadra rusa

morir algún día, y que tal vez el momento esté inmediato.

Como los demás soldados, procuras que el nuevo país se parezca al tuyo. Compones pequeños jardines en los patios chinos; abres sendas

esterilla en el suelo, después de lavarlo, y siempre que entras en el aposento te quitas los zapatos. Si no te alojas en una casa, duermes bajo la tienda de campaña que llevas á trozos á la espalda, y te quitas el calzado de la misma manera.

¡Oh! ¡la alegría de desprenderse de las botas! Son lo más molesto, del equipo que ha de llevar el samurai.

Hemos viajado juntos muy lejos, Nippon Den-



Capitán Rodinnoff, comandante del *Almiral Nakhimoff*

ji, primero en los caminos de Corea y luego en los de la Mandchuria. Tú eres tan extranjero aquí como yo mismo, aunque puedes dibujar en la arena geroglíficos que entienden los chinos y coreanos. Te asalta el recuerdo de tu hogar, pero no por eso eres menos marcial. Si sobrevives, regresarás á tu patria, transformado en héroe de



Capitán Ber, comandante del *Oslibia*

tu aldea, y limpiarás las esterillas de tu propia casa. Según el dicho popular, tu madre se entristecerá porque tú no has muerto por el emperador. La verdad es que ella es un ser humano,

y se tendrá por muy feliz; de todos modos sonreirá.

F. PALMER.

(De *With Kuroki in Manchuria.*)

ESTADÍSTICA DE SANIDAD MILITAR RUSA

El general Trepoff, jefe de los servicios sanitarios del ejército de la Mandchuria, ha publicado el siguiente cuadro sobre el movimiento de heridos y enfermos en los hospitales permanentes del teatro de la guerra hasta el día 1.º de Enero de 1905.

	TROPAS			OFICIALES		
	Heridos	Enfermos	Total	Heridos	Enfermos	Total
Ingresados desde el principio de las hostilidades	53.890	72.531	126.421	4.018	2.308	6.326
Muertos en los hospitales	1.232	2.668	3.900	107	62	169
Declarados inútiles	6.474	11.248	17.722	670	670	1.340
Repariados	4.121	4.079	8.200	1.229	942	2.171
Dados de alta como curados	37.110	38.721	75.831	1.896	942	2.838
Total de salidas	48.937	56.715	105.652	3.232	1.674	4.906
Existencia en 1.º de Enero de 1905	4.953	15.815	20.768	786	634	1.420
Bajas definitivas y provisionales	11.827	17.995	29.822	1.336	732	2.068

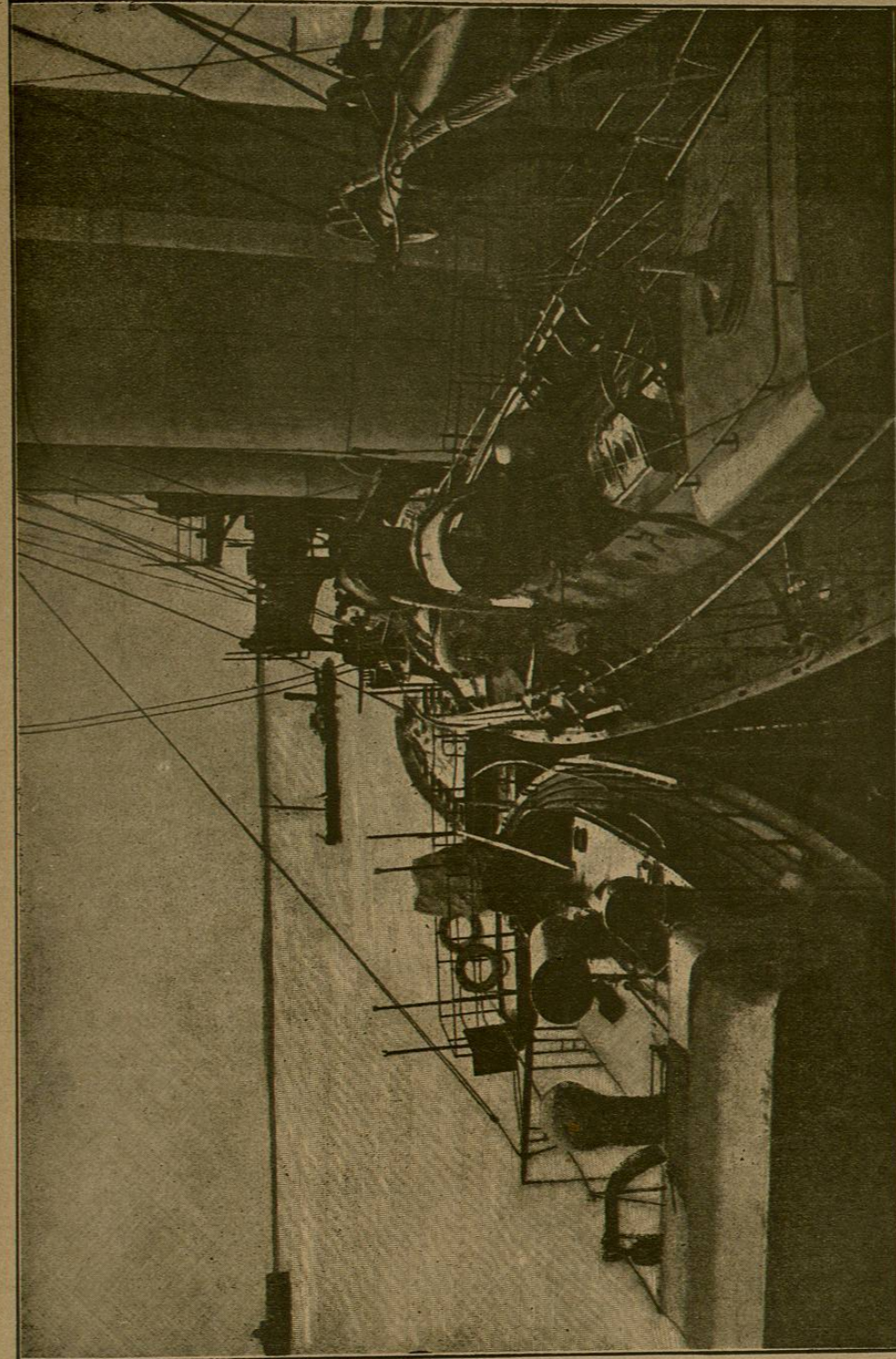
Existencia en 1.º de Enero de 1905
Bajas definitivas y provisionales

¿QUIÉN VENCIO EN MUKDEN?

Formulando el juicio crítico de la batalla de Mukden, con el entusiasmo y parcialidad que corresponden á un inglés, sobre todo si es periodista y se halla agregado al ejército

japonés, el corresponsal del *Times* escribe los siguientes párrafos, que copiamos porque nadie los podrá atribuir con fundamen-

«Los historiadores militares desearán saber, sin duda, á quién debe atribuirse en justicia el proceso estratégico de esta bata-



Puente del «Alejandro III», de la segunda escuadra rusa

to á simpatías por los rusos, ya que el citado corresponsal figura á la cabeza de los que pregonan é hinchán los éxitos de los orientales:

lla. Los ingleses tratarán de encontrar un nuevo Roberts ó Kitchener en el ejército japonés, y los europeos y americanos se inclinarán á creer que el cerebro director se